

Nuestra impresión de Galdós

REGOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo I



Acabo de saber la muerte de D. Benito Pérez Galdós. En realidad hace ya algún tiempo que estaba peor que muerto; que agonizaba casi sin conciencia. Lo mismo que la España episódica que nos ha dejado para siempre en el rollo de sus novelas contemporáneas, la España lamentable de la restauración borbónica y de la regencia habsburgiana.

Cuando en Madrid nos dieron aquel banquete a él, a Mariano de Cavia y a mí por haberse ensañado en nuestros escritos una censura más ininteligente, torpe e incomprensiva que no rigurosa y excesiva, pude observar al pobre anciano, ya ciego, que comía junto a mí, y que no sé ni si se enteró de sus cuartillas que yo leí.

Ha muerto ya; es decir, ha empezado a vivir una vida nueva. Y nada tendría de extraño que ganara después de muerto, como el Cid de la leyenda, su última batalla. Porque el mejor día resurge, merced a su recuerdo, una jornada como la de «Electra».

Ahora, ante la muerte reciente de Galdós, recuerdo aquellos años de mi mocedad soñadora y atormentada, en que, con los ecos de la guerra civil, de que fui inocente testigo, en mis oídos, leía las primeras novelas de Galdós, las de su época de liberalismo romántico, «Gloria», «La familia de León Roch», «Doña Perfecta». No las he vuelto a leer. No quiero, por ahora al menos, volver a leerlas. Pero recuerdo cómo me hacían latir el corazón y empañarse en lágrimas mis ojos.

A aquellos tiempos, en cierto modo heroicos, en que presenciamos, yo siendo casi un niño, las últimas luchas cruentas del liberalismo, a aquellos tiempos en que aun decía algo el «Himno de Riego» — cosa que no pueden comprender los jóvenes de ahora, — sucedieron los tiempos crepusculares del turno de Cánovas y Sagasta, de Lagartijo y Frascuelo, de Gayarré y Massini. Y Galdós es quien nos ha dejado esa sociedad, que no era sociedad, sino muchedumbre. Pero vista y sentida en Madrid.

El mundo galdosiano, en efecto, es un mundo genuinamente madrileño, como en otro respecto lo es el de Luis Taboada, y del Madrid que tiene por centro la calle de Toledo. Un mundo de pequeños tenderos, de pequeños oficinistas, de pequeños usureros o más bien prestamistas; un mundo de una pequeñez abrumadora. En el que no encontraréis ni aquellos sentimentales melodiosos de Carlos Dickens, ni mucho menos aquellos trágicos personajes, verdaderamente dantescos, de las novelas tormentosas, de Dostovusqui, de estas novelas que tanta luz proyectan sobre la Rusia que se está deshaciendo.

La novela de Galdós es acaso, en muchas de sus partes, la última transformación de la novela picaresca. Pero de unos pícaros que de trashumantes se han hecho estadizos; de unos pícaros de café.

|| Autos

|| Auto 6.



Un escritor francés de extraordinario talento, Mr. Georges Le Gentil, tiene escrito un libro que se titula «Le poète Manuel Bretón de los Herreros, et la société espagnole de 1830 à 1860». La elección de Bretón de los Herreros para presentarnos la sociedad española de mediados del siglo XIX es acertadísima, porque Bretón de los Herreros, naturaleza nada lírica ni subletiva, refleja el mundo en que vivió, el de los románticos que prepararon la Revolución de 1868 y la guerra civil que le siguió. Y de análoga manera se podrá escribir un libro sobre el novelista Pérez Galdós y la masa de la clase media española de 1868 a 1898. De una clase media que ni fué clase ni fué media.

La obra novelesca de Galdós es la pintura de una época y una gente profundamente antiheroicas. No sólo no se ve en parte alguna de ella rastro de Don Quijote, mas ni aun de Sancho; todos son curas, barberos, yanguéses y Sansones Carrascos.

No, no quiero ponerme a leer esas obras que son el espejo fidelísimo de una sociedad cuyo peso muerto siento sobre mi corazón. Prefiero, da releer Galdós, releer sus primeras novelas, las del romanticismo de 1868, las de la Sefembrina, aquellas en que se idealiza a España. Los personajes de «Doña Perfecta» son aún otro que nos llega al corazón; los de sus últimas novelas, no. Y es que había dado en ser realista, y la realidad que tenía delante era una muy triste realidad, una realidad anémica y fofa.

La vida pasional, palpitante, profunda de España había que buscarla donde la halló Pereda en «Sotileza» o Blasco Ibáñez en «La Barraca», en las naturalezas bravías y elementales del pueblo del mar o del campo. ¡Pero la España de Torquemada!

¡Si la obra de un artista, y un artista y no otra cosa ha sido Galdós — no un pensador, no un crítico siquiera, — consiste en expresar la vida que en torno de él se desenvuelve, Galdós ha cumplido su obra. Ahora que esa vida nos resulta mortecina y crepuscular y tediosa. Ninguna fuerte pasión ni acción la sacude.

No puede decirse que Galdós fuera un escritor pesimista; no, no lo era. Ni de doctrina, ni de tono. Porque Flaubert, por ejemplo, que profesaba teóricamente una impasibilidad estética imposible, expresaba de profundo pesimismo cuanto expresaba. Galdós era un hombre de carácter apacible e igual, silencioso, pero no lo que se dice taciturno; que se dejaba vivir y reflejaba en sus escritos la vida igual y cotidiana que sentía en torno de sí. Pero de sus obras sube un vaho que a muchos, a mí ente ellos, nos atufa de pesimismo. Y es que nos parece un mundo de sueños y aun de modorra.

Y ese hombre silencioso ha hablado mucho en sus obras. Tenía el deleite de la conversación escrita. Sus novelas parecen contadas en un café de Madrid, de sobremesa. Y su lengua quedará, como dechado de la lengua conversacional, corriente, de café del Madrid del último tercio del siglo XIX. Siempre que se encuentra libro de dejes cervantinos.

Niquel de UNAMUNO.

